

## De actualidad



# El disloque

De la actual desintegración íntima de España lo que más nos espanta—volvemos a decirlo una vez más, y no será la última—es la disolución mental. El entendimiento se está derritiendo en parte en los más rudimentarios instintos y en parte en las más groseras formas de superchería. El caso del Cristo de Limpias es sintomático. Y hay otros de hechicería y de magia y de charlatanería.

Como en todas las decadencias, como en los lúgubres tiempos de Carlos II el Hechizado, el hijo de aquel triste Felipe IV que desnudó su corazón sin voluntad propia a Sor María de Agreda, como en todas las decadencias, junto al desenfreno de las más animales de las pasiones estallan hinchazones de hechicería.

Parece que brota el hechicerismo de las decadencias y no nos chocaría oír cualquier día hablar de un Rasputine cástizo, que aquí sería un Rasputinez. Sabido es que el trágico *staretz* llegó hasta el Palacio del czar donde la fantástica czarina creyó que con sus conjuros podría el charlatán fatídico curar la hemofilia del pobre *czarevich*.

Parece ser que el consumo de drogas embrutecedoras—narcóticos, anestésicos, afrodisiacos, etc.—amén del alcohol, crece de un modo alarmante en la Villa y Corte de España y con ello aumentan las echadoras de cartas, las adivinas, los masajistas, los curanderos y las embaucadoras de toda laya. Y que la curandería charlatanesca halla favor en lo que se llama clases altas y en las más elevadas esferas de éstas. Donde a la vez se profesa una marcadisima aversión a la ciencia de curar y por lo que de ciencia tiene. Y es aparte de la enemiga a la inteligencia que caracteriza a esas clases.

Una vez es que se le lleva a un pobre niño, presa de un defecto degenerativo de nacimiento, a que un charlatán cualquiera, de quien en su propio país se ríen todas las personas de justicia y saber, le cure con un masaje u otro expediente análo-

go. Lo que vale a hacer que a quien nació con sólo dos dedos en una mano se le saquen por pases mágicos los otros tres. ¡Y la educación que supone el dejarse embaucar por tales charlatanerías curanderiles! Tras de eso no anda lejos Rasputinez.

Otra vez es un sujeto de audacia e ingenio que se dedica al magnetismo animal y acierta a explotar la credulidad patológica de esas altas clases sociales atacadas de hechicerismo y no sobradas de luces. Y esto ni aun que se alumbren. ¡Y ya tenemos otra vez en boga el hipnotismo y los pases magnéticos! Que suelen ser de muleta. En San Petesburgo se llegó al espiritismo por aquella tocada de Alicia.

Frivolidad, deportismo, juego de azar, mendacidad defensiva, abulia voluntariosa, superstición, rendición a la charlatanería y el curanderismo... los síntomas del mal de las altas clases son agoreros. Es la trágica memez que asoló a la Corte de España en los años del pobre Carlos de Austria, el Hechizado. (De lo que de éste y de su madre nos ha contado el último don Gabriel Maura y Gamazo diremos otra vez.) Y a favor de aquel hechizo pudo maniobrar el dechado de accionistas que fué don Fernando Valenzuela.

¡Ay de la agorera memez que precede a los grandes derrumbamientos y es acaso estupor de agonía! No hace mucho leíamos una colección de cartas de la antaño celeberrima y hoy casi olvidada Sor Patrocinio a la reina doña Isabel II y a personajes—no personas—de su Corte. Aquellas cartas denunciadoras de una memez pavorosa, de una idiotez trágica, de una bobería pueril y senil a la vez, nos aclaraban la catástrofe. No. Sor Patrocinio no fué una intrigante ni hizo política nunca. Era incapaz de hacerla ¡pobrecilla! La pobre monjita, de una mentecatez profundísima, se constreñía a pedir favorcitos para sus amigos en un estilo henchido de los grotescos diminutivos y de las frases más resobadas de la más floña mogigatería conventual. Pero

el que se soportara tal melaza entontecedora era sintomático.

Porque no, señor, no; no es lo peor la intriga. El conde duque de Olivares fué un valido intrigante, sin duda, pero acaso sin él o con otro no le habría ido mejor a la España de Felipe IV. Porque Olivares era inteligente—y como tal, soberbio—y sus

errores fueron los de su pueblo como Cánovas del Castillo y Martín A. S. Hume lo han reconocido. Peor fué el padre Nithard, el jesuíta que de Alemania nos trajo doña Mariana de Austria—“adusta e incapaz” y de “cortísimas luces” según don Gabriel Maura—porque su mentalidad cuadraba a la del ámbito en que se movía. Y el pobre señor no era ni codicioso ni mal intencionado, pero era romo, que es peor para el caso.

No, señor, no; no es lo peor la intriga, ni la soberbia, ni la rebeldía, ni el afán de prepotencia. Lo peor es la memez, la penuria de entendimiento y acaso el odio a él—que hasta a esto suele llegarse—y el prestigio de la beocia. Así se acaba por caer en la sima del hechicerismo más o menos magnético. Y aun en otros alumbramientos. Que ya en tiempos de Carlos el Hechizado surgieron los alumbrados, para dar quehacer a la Inquisición. Verdad es que hoy la Inquisición está distraída en otros menesteres.

Lo que Platón llamó *misología*, el odio a la razón, es la más patente señal de las decadencias galopantes. Maura le llama *declive*, nosotros *derrumbe*. Y no sirven para él pases magnéticos ni de muleta.

¿No es ello un ataque de histerismo? Y si un día aparece nuestro Rasputinez... ¡el disloque!

NIGUEL DE UNAMUNO